

¿Qué es el Estado?
AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Epílogo de Luis Andrés Bredlow

Colección Casus belli, 7

Primera edición: Enero 2019

© *Agustín García Calvo, 1977*

© *Editorial Lucina*

Título: *¿Qué es el Estado?*

Autor: *Agustín García Calvo*

Diseño de la colección: *Miguel Sánchez Lindo*

Maquetación: *Andrés Devesa y Miguel Sánchez Lindo*

Corrección ortotipográfica: *Salvador Cobo*

Impreso por: *Kadmos*

ISBN: *978-84-947647-5-2*

Depósito legal: *M-38806-2018*

Para pedidos e insultos: *revistaculdesac@gmail.com*

Índice

Presentación, Sacca y Vanzetto.....7

¿QUÉ ES EL ESTADO?

Advertencia sobre la pregunta «¿Qué es?».....29

I. El Estado como mentira y realidad.....35

II. Relación del Estado con otras instituciones.....47

III. Ejemplos del Estado en la visión histórica.....63

IV. Condiciones constitutivas del Estado.....79

Epílogo.....103

Agustín García Calvo, voz del pueblo que nunca

muere, Luis Andrés Bredlow.....109

Presentación

SACCA Y VANZETTO

El librito *¿Qué es el Estado?* se publicó por primera vez en 1977 en la Biblioteca de Divulgación Política de la editorial La Gaya Ciencia, colección que se proponía, en palabras de su editora, «Intentar aclarar en alguna medida el confusionismo que existe sobre las distintas tendencias, partidos y conceptos políticos». Figuras destacadas de la política y la intelectualidad recibieron el encargo de plantear y responder «¿Qué es?» a propósito de ideas como «izquierda», «derecha», «marxismo», «socialismo», «anarquismo», «capitalismo», «liberalismo», «democracia (orgánica, cristiana, directa, representativa...)», «trotskismo», «monarquía», «república», etc. «Hable de política sabiendo lo que dice. Un título cada semana. 75 Ptas.» era su lema publicitario: ¡Había que hablar de Política! La Coyuntura Histórica había dado la orden y, sin más censura en apariencia, un batallón enciclopédico de nociones y términos (ismos de toda laya la mayoría), todos a una, salían a la plaza a solicitar la atención de los pobres magines, a los que había que concienciar a toda prisa para la Nueva Democracia, ya que «un hombre, un voto». Cayendo un tanto de las nubes¹, *¿Qué es el Estado?* cerró al parecer tan divertida serie, poniendo al descubierto que no estaba tan cla-

1. Su autor acababa de sacar en la misma editorial barcelonesa un estudio *Del Ritmo del Lenguaje*, otro *De los números*, y dos cancioneros, *Del tren* y *Canciones y soliloquios*.

ro que se pudiera hacer tal cosa, hablar de política (tal como se nos da configurada en este mundo temático, casi como una asignatura más, desde luego como una sección principal de los periódicos y noticiarios, con incluso sus facultades de Ciencias Políticas) sabiendo lo que se dice.

Ya en los *Apotegmas sobre el marxismo*, publicado anónimo ese mismo año por La banda de Moebius, se veía que no estaba claro que pudiera hablarse de Estado sin hacer precisiones previas, como las de la nota 1ª, que prefiguran en parte las de nuestro librito:

Se emplea en estos apotegmas la palabra «Estado» (con mayúscula) para hacer referencia al Orden social vigente, [...] esto es, *el hecho de que las cosas sean como son, la estructura misma de las cosas que son como son y la fuerza o Ley que las hace ser como son*. No se estima inconveniente, sino por el contrario, el hecho de que la palabra «estado» tenga de antes un uso más restringido en la terminología política: esta palabra, en efecto, por su inigualada facilidad para las aplicaciones más arbitrarias (de las que «Estado = Yo» no fue más arbitraria que las otras, sino denuncia de su arbitrariedad), por aquella inimitable vaguedad que la hacía inasequible a cualquier intento de definición (se ve tan sólo que se trataba de que hubiera un concepto que no coincidiera ni con el de Gobierno ni con el de pueblo, pero que confundiera y fusionara en sí los dos contra-

rios inconciliables), revelaba que sólo precisamente en la pretensión de los opresores usuarios suyos, para sus fines de falsificación y sustentación, tenía la palabra «estado» un valor concreto, técnico o preciso, pero que, en verdad, para el pueblo, estaba vacía de todo significado que no fuera esa intención del Estado que para su confirmación la usaba; de manera que, *no por su significado, que no ha tenido nunca*, sino por su carácter ejemplarmente metafísico (en el sentido vulgar de la palabra, que alude a los procedimientos supraestructurales destinados a recubrir miserias y conflictos con conceptos), se presta a maravilla para designar con ella, como aquí le hacemos designar, el Todo.

La recopilación de escritos ocasionales que Agustín publicó en *Actualidades* (Lucina, 1980) incluyó también como primera parte este de *¿Qué es el Estado?* con el añadido de un párrafo. Recogía intentos muy variados de hacer otra política, muchos de ellos nacidos al calor de la rebeldía que había florecido entre los estudiantes del mundo progresado, más o menos a partir del año 1965 (Agustín decía a menudo que las cosas que hacía las hacía movido por aquel aliento y lo que le llevó a descubrir), rebelión deseosa de detener el avance espectacular del Dinero y de su Ciencia, dispuestos ya a someter el mundo a su imagen ideal. Preguntar, como de nuevas, qué son las cosas, en lugar de aceptar las

ideas sobre las cosas que los tiempos manden asimilar, era su manera de decir NO: sin dejarse engañar por la obligación de llegar a un fin o conclusión práctica, cabía poner al descubierto las contradicciones que el mundo y su lenguaje nos ofrecen y, en cuanto a la Ciencia y sus intrínquilis, «ir tomando cada idea, razón contra razón, y ver, al escacharla, que estaba hueca²». Se entraba con ello en un juego o guerra contra lo que Debord, también por esos años, llamaba «el secreto de las nuevas condiciones [de la opresión]: la organización espectacular de la defensa del orden existente, el reino social de las apariencias donde ninguna “cuestión central” puede ya plantearse “abierta y honestamente”³».

Vuelve ahora Ediciones El Salmón a rescatar para el público esta diatriba sobre el Estado: veamos si, como salmón, es capaz de remontar la corriente tre-mebunda de información para la conformidad, saltando sobre los coloreados pero siempre negros vertidos de pedantería y basura de cifras y nombres propios vomitados por todas las prensas, pantallonas

2. Del *Sermón de dejar de ser*, p. 61, Agustín García Calvo, Ed. Lucina, 2015 (a esta editorial y este autor pertenecen los libros que en adelante citamos, si no se dice otra cosa).

3. De *La société du spectacle*, párrafo 101. Y «...la fórmula “Lo que existe, ya no hay, pues, más necesidad de hablar de ello”, verdadera ley fundamental de estos tiempos espectaculares», en los *Commentaires sur la société du spectacle*, 1988, párrafo III (*Oeuvres*, Gallimard, 2006), donde acierta a denunciar, en el uso de ese verbo «existir» inventado para hablar de Dios, la fe reinante en la realidad o existencia.

y pantallitas de Dios y sus representantes, estos monos pelones progresados con la cabeza gorda de ideas que les embotan los oídos, revestidos de la magra seguridad que les da la chapa de sus autos. Peces muertos panzarriba, tomos y tomos de insípidas letras navegando con la corriente, tratan de cerrarle el paso. Va buscando, claro, sus fuentes: allí donde el claro entendimiento de la gente pueda oír lo que, bajo el estrépito, aún sabe sonar a lengua común y de nadie, a negación y odio de la mentira y sus prisiones. De arroyos innumerables cantan allí las aguas trayendo las voces de la comunal alameda del corazón, de los corazones, y en ellas quiere perderse nuestro salmón y echar su cría. De allí nació en su día. Atrás, muy atrás vayan quedando los torrentes de inmundicia que apestaban los mares de donde huye, de donde apenas esperaba escapar vivo. ¡Y que deje, allí donde llegue, mucha simiente de su coraje!

Como este escrito no se dirige –que sepamos– a ningún aspirante al Poder ni tampoco a ningún militante en contra sino a la gente corriente, de a pie, que más o menos colabora con su Orden al tiempo que lo sufre, no está al servicio de ninguna fe. No está tampoco al servicio de la Ciencia Histórica ni Política ni de su divulgación, ni de ninguna jerga epistemológica al uso, si bien en el capítulo III, un poco a regaña-

dientes, aprovecha algo de lo que esas ciencias tienen que decirnos. *Él mismo se presenta, y no hay más que oír cómo lo hace.* Nos parece importante advertirlo, porque es así como hemos de leerlo: como un discurso que se va haciendo sobre la marcha y, como dice, un tanto a bulto, aunque, eso sí, con los cuidados que la escritura le permite. Para dar guerra cuenta tan sólo con la experiencia o padecimiento común y con un uso preciso del lenguaje corriente (que es el lenguaje poético, como descubrían en la clase de Juan de Mairena: el que puede hacer algo), lo que nos parece una negación práctica de esas diferencias que separan al público en dos sectores bastante claramente: unos cultos y más informados y otros que no. En esto no hace, como se dice, «acepción de personas», y tal vez fuera esta costumbre una de las cosas que hacía de Agustín *persona non grata* para las Autoridades y demás Señores, que, cuando tuvieron que dejar de perseguirle y encarcelarle o exiliarle, con el cambio de cara del Régimen, procuraron mirar para otro lado cada vez que planteaba una cuestión en público o sacaba un libro de pensamiento vivo, hacerle más bien el vacío, rodearlo de silencio.

Pero ninguna Autoridad logra del todo sus objetivos, como él no se cansaba de repetirnos, ya que «todo

nunca es todo, y siempre hay algo más⁴», y aquí tienes, lector, de la mano de nuevos amigos, este librito, que tal vez no ha corrido tanto como merece⁵, por falta de publicidad (que, por supuesto, depende de lo sumiso que se sea a alguna Autoridad) y quizá un poco por el desconcierto del público lector ante discursos tan desacostumbrados, tan llanos y penetrantes a un tiempo, como el que tienes entre manos. ¿Será también por el miedo del Estado incorporado en las almas⁶? ¿Será que andan éstas muy despistadas y que hay entretenimientos más adecuados al estado en que tienen que mantenerse para soportar... al Estado? ¿O es que ya todo da igual?

Nos preguntamos esto los lectores de este escrito como aviso para los nuevos. En los cuarenta años transcurridos desde su primera publicación, eso que los

4. Citamos aquí un verso de la letra que para el himno de España pergeñó nuestro autor, y que no sabemos si llegó a presentar al concurso convocado hace unos años.

5. En 1992 se publicó la traducción francesa de François Lorrain, *Qu'est-ce que l'État?*, en Atelier de création libertaire, con presentación de Fernando Aguirre.

6. «El miedo a la muerte es lo que, al fin, hace a los hombres temer y acatar al Estado hasta la indignidad. Porque es una bestia que muere matando, todos la odian viva, pero más les aterra moribunda». (Rafael Sánchez Ferlosio, *Campo de retamas. Pecios reunidos*, p. 121, Penguin, 2015). Querriamos añadir a esto la duda sobre qué se entiende por «miedo a la muerte», si no será que bajo ello se esconden y confunden dos miedos distintos y contrarios, el más sensitivo y el más abstracto: uno a perder la vida, algo que no se sabe qué es, y otro a perder el ser, o sea el saber el puesto de uno y su futuro. Porque puede que, bien distinguidos, sólo uno de ellos, como dice R.S.F., sostenga al Estado, mientras que el otro podría estar haciendo algo contra él.

viejos anarquistas llamaban *la cárcel secular del Estado* ha seguido machacando con su Proyecto de Futuro tierras y gentes, tratando de cerrar las posibilidades, sin que se le contradiga claramente. Ya se ve por dónde ha ido la cosa, una vez bendecido, *urbi et orbe*, el matrimonio feliz del Estado con el Capital con el nacimiento de ese hijo llamado Cada Uno/a (con su Nombre Propio) y su crianza bajo la ley de ser el mismo que todos y a la vez diferente de todos, miembro imposible de un conjunto imposible, carne y campo de aplicación de abstracciones a realizar. Mal iría el asunto si algo de este conflicto con lo abstracto e ideal no se percibiera, como siempre se ha hecho, pero contamos con que sí, con que algo se siente de lo insensato y hasta imposible de la situación en que coloca a cualquiera que intente vivir. Estamos ahogados por el Dinero (que no es nada «material», como muchos de nuestros cansados congéneres y casi todos los hombres y mujeres de negocios se creen), hemos entrado en relación (y en algunos casos más que íntima) con Él, y nuestra identidad (fetiche ideológico donde los haya) es la suya y la suya la nuestra; estamos constituidos, según el modelo único del Estado compatible con los Estados, como personas contadas de una población –es indudable–, recibiendo a diario la información constructora y confirmado-

ra de nuestra realidad⁷, y si se denuncia, como se hace en este libro, la mentira del Estado, su pretensión totalitaria, por fuerza, de algún modo, estaremos obligados a defender esta condición nuestra, nuestra propia realidad mentirosa, y las convicciones con que tratamos de cerrar la herida común y ocultarnos la violencia de la definición. Pero no es más que una pretensión, un ideal de control total, irrealizable y terriblemente costoso para la gente y para las cosas. «La desengañada verdad es que la gracia que a “gente” o “pueblo”, a pesar de todo le queda es la de ser pluralidades indefinidas, nunca definibles con certeza, y, por lo tanto, incontables, irreducibles a número cierto y fijo», escribía Agustín en *¿Qué es lo que pasa?*⁸ Encontrarás aquí una y otra vez esta contradicción entre lo que hay o puede haber y lo que el Orden determina e impone.

Sus ideales, como Seguridad, Valores Humanos, Avance científico, Futuro, Paz, son viejos conocidos; el habitual de Progreso toma hoy más bien la forma de

7. «No hay, bajo el Régimen que padecemos, trabajo más importante y que más tiempo ocupe que el de informar al mundo, y el de informarse uno, de lo que ha pasado... de lo que está previsto... todo regido por la fe en que los hechos, las realidades, están ahí antes de toda información... La Información es una orden de ajustarnos a lo que según la previsión del Amo nos espera», del artículo «Información» publicado en la prensa en 2007, dentro de la serie «Mentiras principales», recogida en el libro del mismo título (2013, p. 31).

8. Libro dedicado a descubrir lo que se oculta bajo la llamada Realidad Física, inseparable del Poder (p. 124, 2006), «que surge de la renuncia a la defensa de la verdad de la Realidad».

Desarrollo, al que se añade, una vez asimiladas las protestas ecologistas y antiglobalización, el apellido Sostenible. Lo insoportable del Régimen y la falsedad de estos rollos pregonados desde las alturas para lo que nos queda de vivo sigue asomando en revueltas esporádicas (esto no se acaba nunca); pero, bien entrenado ya en la táctica de la asimilación de las protestas como críticas constructivas, táctica que prefiere con mucho a la más burda de la represión violenta (que siempre está ahí, claro, como amenaza), Él se siente bastante seguro de poder continuar el plan previsto unos añitos o siglitos más (*¡el Tiempo y sus banderas desplegadas!*), con algún que otro cambio para disimular, y en general mantiene contentas con su vago descontento a unas poblaciones que tratan, con mucha actividad y participación en toda clase de juegos, gestiones, empresas y turismo, de disimular la fatiga mortal y el aburrimiento soberano en que están sumidas y también de esconder su miedo constitutivo.

En cuanto a dejarse sentir lo que está pasando y pensar... poco interés tiene el Régimen en que suceda algo así⁹; pero ahí está la idea de pensar que se nos

9. Recordamos, por ejemplo, cómo se daba cuando, entre los años 89-91, se le abrió al bravo autor de este librito, de la mano de Xavier Bermúdez, una hora de conversación pública con los oyentes en la Radio Nacional: en las grabaciones de aquel programa (Pensamiento 3), hoy colgadas en la Red, pero sobre todo en el recuerdo de miles de oyentes, queda testimonio de que, cuando

vende como equivalente a hacerse ideas o manejar informaciones interesantes para uno, ¿no?, hasta buscar soluciones a los problemas reales de cada Estado. Es decir, que, salvo en ciertos ambientes debidamente catalogados, sigue siendo válida la costatación que leerás aquí: «Pero en que haya Estado no se ve ya cuestión política ninguna». Con toda naturalidad, tras más de un siglo de prensa diaria, se oye a todas horas hablar de los Estados (y de «nosotros» como miembros de un Estado o de un equipo nacional), como si estuvieran ahí como el mismo aire; y del mismo modo, a fuerza de presentar nombres y caras, se trata de hacer creer a la gente «que son Personas las que rigen de veras los destinos de los Estados, de las Empresas y la Banca; creencia con la cual la gente, a su vez, queda convertida en Masa de Personas¹⁰», como si las instituciones no tuvie-

el pueblo oye hablar en su lengua, la sola inteligente y precisa, responde con la misma inteligencia, en la misma lengua, a través de la persona que sea y a pesar de los fines de esa persona. Decimos «lengua del pueblo» refiriéndonos a la lengua corriente y libre de jergas que se habla por la calle, a eso que hay en cualquiera que no acaba de sentirse a gusto con las ideas que nuestra Educación maneja y está dispuesto a decir «¡pero si no es verdad!», «No me lo trago». Poco después de esta aventura radiofónica, en la tertulia política que Agustín inauguró en el Ateneo de Madrid encontró el pensamiento desmandado otra manera de proseguir la labor, interminable, de desengaño, de ataque a la fe que nos domina y sostiene al Poder.

10. Del *Análisis de la Sociedad del Bienestar* (p. 92), una serie de artículos, publicada primero en la prensa, que se proponía «a) abandonar toda distracción con otras formas de tiranía y centrar los ataques en el Dinero, que se ha declarado al fin como la verdadera forma de Poder; y b) romper la disociación entre vida personal y pública, haciendo de la Persona un tema de política del pueblo». Véase ahí mismo, por lo que toca al asunto de este libro, el artículo «¿A

ran por sí mismas una voluntad, una necesidad de defensa, una decisión y una fe en su futuro.

Volvamos a preguntarnos, pues, «¿Qué es?», y atendamos a cómo se habla del Estado en este libro, que, mal encajado entre los productos de la industria cultural, encaja bien en la forma coloquial que puede darse en un debate público, más como herramienta que ayuda a plantear cuestiones (¡y tantas!) de interés general que como objeto que centre el interés en sí y en su autor. Ni Dios sabe qué puede hacer una cosa que publica uno «movido por un deseo quizá que no sabe de dónde le viene». Que el padecimiento de estos últimos años nos guíe para entender mejor «Su carácter contradictorio y real al mismo tiempo (capítulo I), Sus relaciones con otras instituciones aparentemente no estatales (capítulo II), Sus apariciones en la Historia (capítulo III) y las condiciones necesarias para que un estado sea Estado (capítulo IV)».

Desde luego, cuanto menos formado esté uno, cuanto menos adaptado y adulto (difícil ya a partir de los tres años), menos inconvenientes tendrá para juntamente sentirlo y entenderlo¹¹; y, viceversa: cuan-

quién le hacen falta los Estados?».

11. «En las condiciones actuales, el simple desarrollo de la vida, a pesar de conservar determinadas capacidades técnicas o intelectuales, lleva ya en la madurez al cretinismo. Ni siquiera se salvan de ello los hombres prácticos y de mun-

to más constituido como propietario, cuanto más creyente en uno mismo, más tenderá a distraerse con el quién lo dice o quién lo oye, ya que, para la persona hecha y derecha, no hay sino personas reales y opiniones propias de personas, no lenguaje común que valga para cualquiera que olvide su nombre y cuantos nombres sea menester. Simplemente el no haberse metido a hablar de Política de políticos, o sea de Economía, a la manera «realista», como lo suelen hacer los mayores, el encontrarse más de nuevas metidos en el tinglado de medios y fines de este mundo administrado, que trata de incluir cada vez con mayor prisa y rigor a los más jóvenes en su proyecto de Futuro, puede hacer sentir más en carne viva la razón de denunciar la tiranía impuesta por ciertos seres abstractos o vacíos, la fuerza extraordinaria del Ideal, sin distraerse con las caras y los nombres de las personas que ocupan los cargos o con los cuentos de sus diferencias y los colores de sus banderas¹².

do. Es como si los hombres, en castigo por haber traicionado las esperanzas de su juventud y por haberse adaptado al mundo, se vieran golpeados por una decadencia precoz», M. Horkheimer y T. W. Adorno, *Dialéctica del Iluminismo* (versión castellana de H. A. Murena, editorial Sur, Buenos Aires, 1970, p. 283). No sólo —añadimos— les pasa esto a los hombres: también a sus cosas, inventos y máquinas, por el estropicio de la utilidad para la que nacieron al que el servicio a la «vida» del Capital las tiene condenadas.

12. Recordamos aquí este párrafo de Rafael Sánchez Ferlosio: «En su carácter congénito y originario de símbolo de la dominación, la bandera señala la fetichización abstractiva con que la acción dominadora convierte un hábitat

Algunos de los afortunados a los que el tratadillo les ha caído en las manos no dejan de avisarnos de algo como una falta que en el capítulo IV encuentran. Les parece¹³ que desatiende cosas como el papel preeminente de las Fuerzas de Seguridad del Estado (los distintos tipos, más o menos armados, de policía, ejércitos y escuadrones de vigilancia de acciones y personas) en la cosa política, la violencia que ejercen, la idea de «violencia», y que eso no podría ser, que sería una falta de realismo, como dejar de ver algo muy evidente, y que sería más que necesario tratarlo para responder a la pregunta «¿Qué es?».

Y, sin embargo, nos parece que en estas páginas, sin nombrar esa palabra de tanto éxito, «violencia»

en territorio; o, invirtiendo la frase, un territorio es un hábitat convertido en fetiche por la violencia abstractiva de la dominación. Tal abstracción consiste en allanar o dejar en suspenso las concreciones y determinaciones adquiridas por una tierra a través de una larga continuidad de relaciones humanas cada vez cualificadas con una determinada actividad viviente humana o animal. La acción dominadora incide abstractivamente y destructivamente en la relación entre la tierra sobre la que se impone y los hombres que la habitan. La tierra como hábitat es el suelo de la vida; la tierra como territorio es el solar de la dominación», recogido en *Campo de retamas. Pecios reunidos*, p. 22.

13. Como apunta, por ejemplo, el comentarista anónimo del foro de internet «A las barricadas» en su crítica al libro del 4 de Setiembre de 2015: «En general, García Calvo parece más preocupado en criticar esa connivencia nuestra con las ideas dominantes que la coerción directa que sufrimos de las instituciones (y que probablemente la provoca). Y se echa de menos en el libro mayor mención a esta violencia cuyo monopolio se reserva el Estado y que por tanto le caracteriza. Aunque es cierto que conseguir nuestra complicidad y que la ejerzamos en su nombre puede considerarse acaso todavía mayor manipulación y violencia».

(tiene el prestigio de lo «natural» que la hace sospechosa de servir a la justificación y al mito del origen), se trata del modo más amplio en que se puede tratar esa cuestión, sin privilegiar lo más espectacular. Por un lado, ese punto que tanto echan en falta lo encontrarás aquí tocado en una formulación breve que trata de ir a lo esencial del asunto y hacer reflexionar: «No hay verdadero Estado que sin alguna forma de Pena de Muerte sobre sus súbditos pueda sostenerse». Por otro lado, ten en cuenta que no vas a encontrar en este tratadillo definiciones semejantes a las de los diccionarios que resuelven la pregunta, como aquella tan citada (y tan confusa) de Max Weber¹⁴, de la que parten la mayoría de los que discurren sobre el término «estado». No es la vía que sigue este libro. Hay que reconocer sin más que desde el principio el discurso está poniendo de manifiesto la condición necesaria para que la «violencia» se ejerza en esa forma que consiste en estar prevista, organizada y justificada dentro de un plan de defensa de la propia ley

14. «Estado es aquella comunidad humana que, dentro de un determinado territorio (el “territorio” es elemento distintivo), reclama (con éxito) para sí el monopolio de la violencia física legítima. Lo específico de nuestro tiempo es que a todas las demás asociaciones e individuos sólo se les concede el derecho a la violencia física en la medida en que el Estado lo permite. El Estado es la única fuente del “derecho” a la violencia», Max Weber, *La política como vocación*, Alianza Editorial 2009, trad. Francisco Rubio Llorente; pp. 83-84). Nótese aquí la identificación entre Estado y comunidad humana.

y organización: el tener que sostener una definición, una idea de totalidad y orden, que hace violencia a la razón de las cosas mismas¹⁵. Recordemos, además, que las formas de la violencia también pueden estar configuradas como un tópico demasiado a la mano, algo como parte de un decorado o marco (quizá no siente bien a algunos esta imagen) en el que las otras maneras de ejercerla pasan más bien desapercibidas; pues, ¿no es bastante raro que no se reconozca como un caso de extrema barbarie y acto violento la imposición de un medio de transporte declaradamente inútil como es el Automóvil, con sus miles de víctimas de Autopista y la literal destrucción y arrasamiento de calles de ciudades y caminos de villas y campos?; o, ¿no está iscrita la amenaza y la condena de la vida en el tipo de construcciones y obras públicas que los Estados al servicio del movimiento del Capital promueven por doquier? ¿Y por qué ese término de «violencia» iba a ser el más preciso para describir la esencia inesencial de esto del Estado y no quizá mejor el de «locura» (idea fija, manía de grandeza, oligofrenia, paranoia o algo de eso...) racionalizada? —Nos preguntamos ahora.

15. Ahí está la defensa de la Propiedad, que se hace en nombre de que tan sólo su legítimo dueño pueda disfrutar de una cosa, cuando cualquiera podía saber por esperiencia que la propiedad mata el disfrute.

Muchas ganas nos dan a los lectores de este libro de seguir ahondando en los muchos frentes que abre, seguir razonando sobre cómo «nos hacen comulgar con ruedas de molino», cómo la realidad se nos presenta como contradicción o guerra. No es este –nos parece– el lugar. Tan sólo, en homenaje a Agustín, que amigo de tanta gente que no se cuenta llegó a hacerse en vida, nos atrevemos a sacarle a este librito su soneto, a la manera del poeta romanesco Giuseppe Gioachino Belli que él tradujo por primera vez a esta lengua:

¿Qué es el Estado? Impuestos, Estadística,
carné de Identidad, de Hacienda y gloria
de estadio, Educación Obligatoria,
fronteras y carrera armamentística,

papeles para todo, leyes, místicas,
la población tras de la zanahoria
de la ilusión futura, triste Historia,
Familia y redes automovilísticas.

Pero, ay, que es una idea muy querida,
porque «sin Él, el Caos, la mala vida».
«¿Cuál es la alternativa?», gritan todos.

«¿A quién vais a nombrar Rey de los Memos?».

Tú aprende a responder con buenos modos:

que nos dejen en paz, y ya veremos.

Y aquí te dejamos, lector, si has tenido la curiosidad de leer este prologuillo en lugar de, como es lo más sano y común, ir directamente al cuerpo del libro. Que la misma pregunta «¿Qué es?» te haga, seas quien seas, recordar las cosas que se hacen en nombre del Estado o que bajo la idea del Estado se sufren y seguir preguntando, por ejemplo: ¿Hacienda somos todos? ¿Es que es estúpida la gente, que necesita que la gobiernen y que le expliquen el mundo cada día? ¿Creemos en el Progreso de la Humanidad? ¿Le hace falta a la gente encuadrarse en regimientos uniformes, pertenecer a un Estado potente sobre vasto territorio? ¿Hay que trabajar? ¿Vale la pena conformarse con esta vida de muñecos? ¿Se puede convivir sin Papá Estado? ¿No sería un gran ahorro? ¿Qué impedimentos se me ocurren? ¿Hay alguno que no sea en sí dudoso o discutible?¹⁶

16. Sobre esas preguntas se discutía hace unos años, durante el rebrote de la revuelta popular que los siempre diligentes servidores de la Historia trataron enseguida de meter en su cuenta con el feo nombre de 15M, en algunas asambleas de la Puerta del Sol, de las que hay incluso, gracias a las grabadoras, registro sonoro y escrito por esas redes para hacerlas en cierto modo revivir. Recordamos también un artículo de Agustín publicado por esos días (el 10 de junio del 2011) en *La Vanguardia*, titulado «Orden», donde, apelando al sentido común, decía: «Es, en suma, la cuestión del orden. Tal vez los que creen en la ordenación social por leyes y planes impuestos desde las instancias supe-

Corra el librito de mano en mano y que el buen uso disculpe su aparición en el ruedo odioso de las mercancías.

¡Un saludo de parte de Sacca y Vanzetto!

Obrompio, Setiembre 2018

riores del poder (lo mismo que creen en el universo que la ciencia vulgarizada les ofrece), y que desesperan si esa ordenación se tambalea o se pone en duda, es que no quieren enterarse de lo que por doquiera se les revela: que ese orden no se impone sobre ningún caos, que nunca ha habido, sino sobre otro orden antes y desde instancias inferiores entretreído, y que podía ser más sabio, más valioso para el sentir común, pero que queda estropeado y subsumido por la imposición del orden superior».